

PALABRAS DIVINAS

Ante una nueva Semana Santa, como en otras fechas significativas, resultan útiles algunas reflexiones sobre la vida y modos de comportamiento del hombre, con olvido momentáneo de los problemas menores de cada día que son, sin embargo, los que absurdamente ocupan la casi totalidad de nuestro tiempo.

Y lo primero que observamos es que este extraño ser humano, embarcado en minúsculo puñado de materia que navega por el interminable océano del espacio, sin certeza firme en su destino final, necesita el oxígeno de una creencia. Incluso, y valga la paradoja, cuando afirma su descreimiento, ha de creer en que no cree, y tiene que inventar sustitutivos para el funcionamiento equilibrado de su psiquismo, salvo que carezca en absoluto de sensibilidad e inteligencia. Se pasa, así, de la fe religiosa, de esperarlo todo de un Supremo Ser, a una fe laica. La ciencia, las teorías y doctrinas sociales y políticas, acaban supliendo a aquella, se transforman en objeto de veneración y, sus principios, en dogmas.

En nuestro Siglo XX —ya en sus últimas décadas—, orgulloso de la técnica y de los conocimientos en todos los campos desarrollados durante su transcurso, el fenómeno se acentúa. El ateísmo, la duda, la indiferencia, se apoderan de la mayoría y surge, espontánea, una beatería cientificista, un tanto boba e irracional. Porque lo cierto es que, aun cuando se han producido grandes descubrimientos y se han inventado o creado instrumentos útiles para el servicio del hombre (también terroríficos y nefastos), conforme

los saberes se extienden y se profundiza en ellos, aparecen nuevas incógnitas, inexplicables secretos, abismos desconocidos e inquietantes. No existen, en el mundo físico, límites en lo grande ni en lo pequeño. Y ante tal hecho, incuestionable, el hombre acaba por plantearse, una vez más, las eternas interrogantes sobre su vida y su objetivo, a las que ni la ciencia, ni las ideologías, son capaces de dar respuestas. Situación que se agrava, además, si pensamos que en este siglo, tan pragmático y avanzado, se han cometido las más bárbaras atrocidades de la Historia.

La proliferación en nuestra tecnificada sociedad de sectas pseudo-religiosas, el regreso de ritos anacrónicos, de visionarios salvadores —incluidos los de tipo político—, ponen de relieve la necesidad acuciante sentida por la persona, con gran estupor e irritación de los falsos *progres* dogmáticos, de asirse a una creencia para tratar de compensar la confusión y dolores de hoy con la esperanza en un mañana mejor: obvia consecuencia del fracaso, en este aspecto, de la ciencia y de las ideas de todas las épocas.

Al llegar hasta aquí parece que nos encontramos en un complicado laberinto, sin posible salida. Y es que el hombre tiende, por pereza mental unas veces, por egoísmo otras, a no comprender ni asumir con plenitud verdades e ideas que están ahí, sin haber sido utilizadas. Cerca de dos mil años hace que nació el cristianismo y aún no hemos llegado realmente —la frase no es mía— al comienzo de la Era Cristiana. De aquel acontecimiento —lo he dicho en otras ocasiones y nunca será



Amaos los unos a los otros

M. PELÁEZ

suficiente—, nos hemos quedado con lo superficial, con la anécdota, no con el contenido. Rememoramos el suceso, pero olvidamos la esencia, la sustancia, el mensaje y el mandato. No los hacemos nuestros ni impregnamos nuestro espíritu con ellos y, por consiguiente, no encauzamos la voluntad hacia su cumplimiento. Y, entonces, todas las acciones fracasan, los conflictos aumentan, los egoísmos crecen, los odios expanden su veneno y el pobre ser humano medio, sin virtudes ni maldades grandes, se halla en perpetuo trance de caótica angustia. Hasta que un buen día, por fin, nos demos cuenta de que la solución estaba en ese Cristo que murió como un malhechor, y tengamos el coraje y la energía suficientes para hacer propias y adoptar como norma de conducta sus divinas palabras: *Amaos los unos a los otros como yo os he amado.*

MIGUEL MOLINA

«TORRALBO»
agradece a las firmas
anunciantes su colaboración
valiosa, muestra
de su amor por nuestra
Semana Santa